

Ágil, nadando con la mayor premura, Beto sentía rencor contra el descuido y desamor de Goyo que proseguía en la panga tras el mero sin preocuparse de la suerte del hijo.

La rapidez del mero en alejarse dejó al escualo impávido pues daba vuelta en círculos cada vez menores alrededor del niño.

La panga abría las olas deslizándose casi sobre las aguas moviendo de un lado a otro la proa al aire. El cabo, tenso, vibraba. El mero herido levantaba un abanico de espumas.

Los hombres que iban en la chalupa remaban impacientes mirando de modo alternativo los diferentes sitios de la acción, la panga, el peje, el niño, la aleta, Beto Cárcamo.

De pronto el peje ya sin bríos detuvo el ímpetu y comenzó a girar en marcha lenta circunvalando a la chalupa. Goyo ya había logrado dominarlo y halaba el cabo con presteza. La panga detuvo a muy ligera distancia del escualo que a lo mejor sintió el olor a sangre pues su aleta fue acercándose al mero cuyo porte era tal que Goyo Gancho luchaba inútilmente por izarlo.

Beto logró alcanzar a Pipe, nadó hasta la chalupa y, aupándolo, se lo dio a Barrejobo; luego, subió a la nave y, entre todos, apresuraron la faena para ayudar cuanto antes a Goyo Gancho. Éste sentíase ya impotente contra el escualo que atacaba de manera voraz sin que los golpes del remo lo alejaran. Afortunadamente, uniendo esfuerzos, embarcaron al mero, no muy disminuido, en la chalupa.

Goyo Gancho se sentía tan furioso que echaba pestes contra Pipe culpándolo de todas sus desgracias y pérdidas. Como aún el tiburón seguía insaciable, empujó airado el otro arpón y estuvo casi a punto de caerse por la furia con que quiso lanzarlo.

Los amigos tuvieron que frenarlo.

Beto manifestó su desagrado:

—¿Qué culpa tiene el niño? Déjate ya de cojudeces y no sigas fregándonos la pita. Después dices que Pipe no te quiere y alegas que prefiere al abuelo. Comprende que si se ha encariñado con Gancho Hermoso es porque él le demuestra más cariño.

Goyo Gancho logró aplacar sus furias, y la chalupa, con las velas izadas, puso proa a Barlovento.

¡Pobre Fifi!

La ausencia de Pelusa se hizo notar en formas diferentes de sentir y en signos raros que presagiaban calamidades. Sólo el cielo lograría remediarlas. Cándida, Dalila y Betín, que habían jugado a diario con la perra, fueron quienes primero la extrañaron; ya no podían armar en el patio su habitual alboroto de gritos y ladridos.

—No habiendo nadie que les ladre —decía Chon—, los gallinazos nos rejoden. El día menos pensado me equivoco y en vez de torcerle el cuello a una gallina lo hago con uno de ellos.

Los ladrones de frutas, vagabundos sin Dios ni ley, se hicieron dueños del traspatio. Nadie daba la alarma de su presencia. Peligraban las frutas y el pudor de las niñas. La idea de que los mangos y los senos estuviesen a portada de mano de esos fascinerosos hacía exclamar a doña Fina indignada:

—¡Nos invaden los bárbaros! Ñopo, será preciso que consigas un perro. No te olvides de que debe ser macho.

Delfina recordó que Balbina tenía un gran perro negro. Sabía que la jumenta seguía traumatizada sin motivo aparente y que, asustada por los ladridos de Barrabás, corría peligro de caerse por el despeñadero. Balbina lamentaba la desconchinfladura de Betín, se daba cuenta de que debía cambiar la acémila por un borrico pues Papa Chente insistía en que el Evangelio es muy claro a ese respecto. Para colmo de males, la borrica cargaba el sambenito de ser adúltera. Mientras Cairote la cambiaba por un borrico, era preciso cuidarla. Fue por eso que, momentáneamente, Barrabás fue a vivir en la casona.

Barrabás era bravo. Retinto, grande, inquieto, le brillaba el pelaje. A simple vista, su gallarda presencia, que él lucía con buen garbo, lo hacía tomar por un mastín de buena raza. Cairote, haciendo alarde, solía decir:

—Es perro fino. Me lo dio un gringo de esos que llegan al hotel. No sé si es doberman, pero les juro que vale oro.

—Puras mentiras de Cairote, borracho del carajo —decía Felipe.

Ni lo uno ni lo otro. Posiblemente algún dogo turista se acopló con una perra negrita arrabaleña, pues Barrabás no era otra cosa que un vulgar perro playero de los que comen desechos de pescado sin atorarse y escupen las espinas.

Delfina se sintió complacida y acogió a Barrabás con beneplácito, sobre todo porque el bastardo «doberman» hizo muy buenas paces con Cándida, Dalila y Betín.

La misión de Felipe consistía únicamente en pasear al perro. Todas las tardes lo llevaba a la playa para que defecara e hiciera un poco de ejercicio correteando según Balbina lo tenía acostumbrado.

Esa tarde, Felipe y sus amigos se entretenían con el mastín, arrojándole palos o trozos de madera que el perrazo recogía en el hocico.

—Ahí viene el Niño Jesús de Praga —dijo Zósimo Chen.

—Sigue aún vendado —dijo el Mogo—. Parece que le gusta lucirse como héroe herido en un combate, sobre todo ahora mientras le hace la corte a Carolín. Sin el cabello largo se da más aires de hombrecito. La descabalgadura y el golpe de la nuca fueron de los de no me olvides.

Nadie le echó a Felipe la culpa de la Jerusalén desconchinflada lo cual lo hacía gozar en lo más íntimo, pues no sólo se había vengado de la acémila sino también del acusetas. Al mirarlo vendado, Pipe sintió a la par piedad y gozo.

Betín traía consigo una cometa de proporciones inusuales.

—¿Quién te dio ese pandero? —dijo Felipe.

Se lo había regalado de cumpleaños el Ñopo.

—Quiero volarlo —manifestó Betín.

Por Santa Catalina rompían las brisas y todos los muchachos buscaban cañacillas de birulí para hacer sus cometas y volarlas compitiendo con ellas en la playa, pero esa fecha no había llegado aún.

— Yo creo que faltan todavía dos semanas —dijo Felipe—. Hoy, Viernes Santo, no es la tarde adecuada para volar cometas ni el viento lo permite, pues no corre parejo sino en ráfagas. Ese pandero puede caerse al mar.

Precozmente desarrollado, como todos los chiquillos de la isla, Betín ya era un adolescente. Tenía el rostro cubierto de acné, barrosidades que él ocultaba, presuntuoso, cubriéndolas con cremas y talco. Debido a la gravísima herida que recibió en la nuca le habían talado los bellos rizos de oro ensortijados (bucles que María Candelaria custodiaba en cierto cofre de sándalo repleto de reliquias). Ya no tenía sentido apodarlo Niño Jesús de Praga.

Betín había bajado a la playa especialmente por congraciarse con Felipe. Como el pandero era muy grande, mejor sería volarlo en varios.

La pandilla se interesó por la novedad dejando a un lado a Barrabás, que aún insistía en seguir jugando.

Inútilmente Felipe se esmeró e hizo intentos por volar la cometa pero el viento soplaba de modo irregular, No tuvo más remedio que lanzarse en volandas corriendo a todo dar, con lo cual el pandero, zigzagueado, dio varios tumbos y empezó a elevarse para volver a descender apenas Pipe se detuvo por el cansancio. La faena requería manos fuertes y mucho brío. Todos fueron probando por turno, menos Betín que, por la herida, no se atrevía a hacer fuerzas y, de repente, dejó de interesarse por la cometa, pues en ese momento vio que bajaban por la rampa Carolín y Cirila.

El padre Amado le había dicho a Betín al presentársela apenas la chiquilla llegó de vacaciones:

—Te recomiendo a esta niña. No debes descuidarla. Tú serás su Ángel de la guarda. No te olvides que ella es la hijastra de Marino y que, además, Carolín es el legado del prócer. No quiero que su mamá, la Nena, se disguste conmigo. Siempre que puedas, procura acompañarla como un perfecto caballero.

Sintiéndose héroe epónimo vendado, Betín solía trajearse para esperar a Carolín todas las tardes y acompañarla por la playa. Mayor que él y

precoz, Carolín, aun a sus pocos años, era ya experta en fingimientos y exaltadas modalidades místicas. Educada en un colegio de monjas, mezclaba lo ritual con lo pagano y ocultaba tras su falsa inocencia un loco anhelo de caricias y besos.

En plena pubescencia y enamorado de su prima Milagro, Betín maldecía la hora en que le había prometido al padre Amado cuidar a Carolín, chiquilla impúdica que lo ponía nervioso, pues siempre se ingeniaba para alejarse de Cirila y alegando que iban al monte a coger mangos, le hacía meter la mano entre sus senos que él sentía exuberantes.

Betín era inocente e ingenuo. No había tenido otra experiencia que no fuera la de atisbar a su primita Milagro a través de las rendijas del baño.

—Para después pensar en ella y tejérsela —decía Felipe.

Cirila era la criada encargada de acompañar a Carolín y de cuidar de la perrita Fifí. Campesina de un caserío montuno su aspecto recordaba la semilla dejada por los viejos colonizadores hispánicos debido a su tez blanca y a que aún se expresaba con raros arcaísmos como *agora*, *apriosa*, *enantes*, *contumás*. Conociendo de sobra a Carolín y sabiendo que era inútil cuidarla pues ella siempre hacía su antojo, Cirila más atendía a Fifí, graciosa y pizpireta perrita blanca que, adornada con su lacito rojo, pugnaba por zafarse de la correa.

Esa tarde, al irse Betín con Carolín, Felipe dejó el pandero en manos del Mógo Tin y del chinito Zósimo Chen. Lo hizo para quedarse libre y conversar con Cirila. Ya había logrado aproches que prometían cosechas opimas y no quería perder esa soberbia ocasión de engatusarla.

Fifí, encalabrinada por acercarse a Barrabás, no permitía el sosiego de la charla. Cirila tenía que amonestarla y tironearla. Felipe, ya impaciente, dijo de pronto y con mal tono:

—Suéltala y que no joda.

—La señora me la ha recomendado más que a la hija —dijo Cirila—. Fifí está en celo y es una perra fina. A la doña le contaron un chiste de una perrita así como ésta que, por descuido, dio un mal paso. Previendo lo que podía ocurrirle, le habían untado gasolina en la cuca, pero con todo y eso hubo mancuerna. Se le acabó la gasolina y un perrazo la devolvió a remolque. Por eso tengo que cuidarla.

—No va a pasarle nada —dijo Felipe—. Déjala libre. Que se distraiga un poco.

Interesada por el arrimo de Felipe y sin pensar en el peligro que corría, Cirila soltó a Fiff que, vuelta mimos, carantoñas y fiestas, se dedicó a jugar con Barrabás dando saltitos, removiendo la arena y profiriendo diminutos latidos de complacencia.

Zósimo Chen y el Mogo Tin volvieron y estaban preocupados. El pandero habla caído en el mar.

—A mí no me molesten —dijo Felipe—. Díganselo a Betín. Es culpa de él, por haberse largado con Carolín. Creo que conmigo ya él ha aprendido a ser un hombre. Espero que sepa aprovecharlo.

—No te preocupes —dijo Cirila—. Betín cuida a la niña mejor que yo.

Mientras Felipe siguió hablando con Cirila, pues quería convencerla para que ella aceptara la conveniencia de una cita nocturna, Chen y el Mogo Tin se entretuvieron viendo jugar a Barrabás con Fiff.

La pandilla se engrosó y fue animándose con la llegada del Fulo Cañango, Mingo Segura, Lalo Moyo y un grupo de chiquillos traviosos. Éstos habían bajado a la playa sonando la matraca pues, siendo Viernes Santo, no se podían tocar las campanas. Era la única forma de llamar a los fieles a la iglesia para la ceremonia y el sermón de la tarde.

Felipe se alejó con Cirila. Quería enseñarle exactamente el sitio en que esa noche iba a esperarla bajo unos mangos tras la escuela.

Fiff seguía ululando vuelta mimos, coqueteos, arrumacos. Como era tan pequeña, se escurría de las manos de Barrabás que, ya en ascuas, acezaba, tratando de situarla en Posición para el asalto final. Ducho en tales esguinces y como buen mastín isleño, Barrabás, excitado, bien sabía que se jugaba un albur con la perrita oligarca que, temerosa y a base de saltitos (me va a doler, pensaba) rehuía caninamente cada furiosa acometida del «doberman», que, enloquecido, jadeaba de deseo. La punta roja de su arpón erraba el blanco sin lograr atinar, difícil lance que era para el mastín cuestión de honor (se daba cuenta), pues ahí estaba la muchachada inquieta rodeándolos, animando la lid, haciendo apuestas Yo voy a Barrabás, voy a Fiff, sí, porque se trataba de un encuentro entre el espurio doberman y la perrita oligarca,

¿Qué pasa Barrabás? ¡Éntrale! ¡Púyala! Ya no puedes quedarte con el arma cargada. ¡Demuestra que eres macho y buen isleño!

De repente se produjo el impacto. Fifi lo declaró con lastimeros aullidos y ayes desgarradores. Colgada del perrazo, Fifi lograba apenas colocar en el suelo sus dos patitas delanteras.

Los que habían apostado cobraban sus ganancias encantados; los otros, ofendidos, consideraron que era una canallada de Barrabás y resolvieron vengarse, sólo por divertirse, persiguiendo a la cínica coyunda con una lluvia de pedradas.

Enloquecido por los golpes certeros, Barrabás resolvió darse a la fuga, pugnando por zafarse de Fifi que le restaba rapidez en la huida. A viva fuerza trataba de arrancársela a dentelladas mientras el gran tropel de revoltosos lo perseguía gritándole e hiriéndolo.

Al llegar a la plaza de la iglesia, Barrabás se detuvo, pues otros chicos le cerraban el paso con gran algarabía.

En ese instante el padre Amado, leyendo el Evangelio de San Mateo, repasaba el pasaje en que Pilato, para salvar a Cristo, quiso acogerse a la costumbre de dejar libre a un preso escogido democráticamente. Con este fin Pilato preguntó al populacho ¿queréis que os suelte a Cristo o a Barrabás?

En la plaza, los muchachos gritaban:

—¡Barrabás! ¡Barrabás!

Barrabás entró al templo remolcando a Fifi y al ver a tantos fieles reunidos quedó aterrado. Papá Chente, enfrentándose a los dos pecadores, los cogió a bastonazos y los echó del santo lugar con anatemas pues que tal inmundicia nunca se vio, carajo, ni en Sodoma y Gomorra. El padre Amado, que se había interrumpido, continuó el panegírico de las Siete Palabras.

Expulsados del templo Barrabás y Fifi, martirizados por la horda de salvajes, cada cual a su modo sufría la infamia hasta que el perro con un esfuerzo total logró arrancarse de un solo cuajo a la perrita y escapó rabo al viento tras la iglesia, llevándose consigo parte de las entrañas de Fifi que, entre estertores, agonizó en su propia sangre.

Los muchachos se habían quedado estáticos.

Varias personas que iban rumbo a la iglesia se aproximaron a mirar e indagaban sin aceptar el hecho, sin creerlo.

María Palito, que pasó chancleteando, dijo, indiscreta:

—Pobre Fifi. Murió en el gusto.

VI

Pompas fúnebres

Lo que Marino dijo para salvar las apariencias fue fácil desmentirlo puesto que a esa misma hora la pobre Ida Durgel moría en la isla agobiada por un ataque de hemoptisis.

La prensa de oposición alborotaba el cotarro censurando el desgüeño fiscal. A raja tabla se anunciaba el derrumbe del régimen o por lo menos la caída del Gabinete.

De un momento a otro se esperaba que Marino presentaría renuncia de su cargo.

Aun descontento con el socio, Celmiro Talavera quiso salvar a todo trance a Marino y de ese modo evitar el descarrilamiento de los ferrocarriles. Haciendo caso omiso de sus nutridos dividendos, el negocio de las locomotoras era un gato encerrado que si escapaba arañaría y aun metería en la trampa a muchas ratas.

Ni la uremia de Cris sirvió a Marino para salvarse del engorro pues aquel subterfugio se le desmoronó como un castillo de arena cuando los diarios anunciaron la milagrosa curación y el prodigio de las mágicas barbas de maíz. La situación se le ponía a Marino color de hormiga según decía la palomilla oficial.

Ya estaba a punto de redactar la puñetera renuncia cuando le hizo el milagro San Antonio pues desde la isla le llegó un telegrama que era ni más ni menos lo que él deseaba. Era un mensaje muy lacónico y bastante confuso. Decía: CHININO MUERTO PUNTO DISPAROSE ESCOPETA PUNTO EN BOCA MAMA AFLIGIDA COMA ESPERATE SEPULTURA ABRAZOS.